

Cuando llegó el emisario empezaba á anoecer.

Quibiam miró al cielo.

La luna despedía una dulcísima claridad.

—Lianata, tu padre quiere verte.

—Yo tambien deseo cerrar sus ojos y recibir su bendicion.

Inmediatamente llamó Quibiam á Unima, el más valiente de sus marinos, que era además cacique de Guaniguanito.

Al dia siguiente llegó el guerrero, y Quibiam mandó disponer sus canoas para que partiese Lianata á Ornofay acompañada por Unima.

—Te entrego mi más preciado tesoro,—dijo Quibiam al cacique de Guaniguanito.—Devuélmele pronto, porque se lleva mi alegría.

Lianata estrechó en sus brazos á Irayba, acarició á los hijos de Quibiam y se despidió del rey.

No bien habia partido, la tristeza se apoderó de nuevo del corazon del rey de Veragoa.

Todo cuanto hizo Irayba para consolar su afliccion, fué inútil.

Acaso presentia las amarguras que debia sufrir el resto de su vida.

Capitulo XXXIII.

Odio á muerte.

Trascurrieron seis lunas, y Lianata no tornó. Todos los dias bajaba Quibiam desde la altura de Veragoa á la playa con la esperanza de ver llegar los esquifes que habian de devolverle á su amada.

La playa permanencia desierta. Las olas se agitaban en el mar, pero no impelian á embarcacion alguna.

Su murmullo al romperse en la arena aumentaba la melancolía de Quibiam.

¿Qué podia haber pasado?

Unima, su fiel Unima, tampoco habia vuelto. Desesperado, envió emisarios á Ornofay para que averiguasen el paradero de Lianata y de su servidor.

Tres lunas más pasaron, y al fin volvieron de Ornofay los vasallos de Quibiam.

El desaliento se pintaba en su rostro.

El rey de Veragoa, apenas tuvo noticia de la llegada de las embarcaciones, corrió á la playa para saber noticias de su amada.

En Ornofay habia la misma ansiedad que en Veragoa.

En vano habian esperado á Lianata.

Su anciano padre, que se habia reanimado ante la esperanza de volver á verla, habia sucumbido al tener que renunciar á estrechar á su hija en sus brazos.

—Sin duda los caribes la han apresado,—dijeron á Quibiam sus servidores.

Esta idea incendió el ánimo de Quibiam.

—Pronto mi armas,—dijo,—que mis caciques se apresten al combate; lanzad al mar todas las canoas de mis dominios, y recorramos una por una las islas caribes hasta encontrar á mi adorada Lianata y á mi valiente caudillo Unima.

Irayba misma animó á su esposo para que emprendiera aquella expedicion, porque participaba de su pena al ver la desesperacion que inundaba su alma.

Tres dias y tres noches emplearon los vasallos de Quibiam en hacer los preparativos para el combate.

Las canoas surcaban ya las ondas.

Los indios aflaban sus flechas, y las envenenaban con el jugo del guno y del manzanillo.

Quibiam se despidió de Irayba y estrechó en sus brazos á sus hijos.

De pronto llegó á oidos del rey la noticia de que á lo lejos se descubria una canoa.

Corrió á la playa, y á medida que fué acercándose el esquife se aumentó su ansiedad.

Llegaron á sus oidos los gritos del que movia el remo.

Era el acento de Unima.

Poco despues llegó la canoa á la playa, y el valiente guerrero saltó á tierra.

—Unima, Unima,—exclamó Quibiam,—¿qué infortunio me anuncia tu llegada?

—Grandes desgracias han ocurrido,—respondió el cacique de Guaniguanito.

Quibiam y Unima subieron á la cumbre de Veragoa, y en presencia de Irayba refirió Unima lo que habia pasado.

—Ante todo,—preguntó Quibiam,—¿vive Lianata?

—Vive, pero más le valiera haber muerto.

—Habla, habla.

—Apenas abandonó la costa de Veragoa, estalló una tormenta, y el vendaval empujó las endebles barcas, que eran desconocidas para nosotros. Vogamos sin cesar, y cuando desapareció el peligro, más de veinte canoas, con los que las tripulaban, habian perecido. Buscamos derrotero para Ornofay, y los dias pasaban, y no hallábamos un solo indicio que nos indicase el rumbo cierto que debíamos seguir. La luna nos abandonaba. Las noches empezaban á ser oscuras.

Una mañana vimos de pronto, en medio de los mares, cuatro monstruos que nos horrorizaron.

A medida que fueron acercándose hácia nosotros,

vimos que eran grandes canoas, en las que iban hombres de otra raza, cubiertos con trajes relucientes.

El deseo de verlos más de cerca nos perdió.

Arrojaron al mar unas barcas pequeñas, y saltaron á ellas muchos hombres, que corrieron á nuestro encuentro.

Iban con ellos algunos indios, cuyo lenguaje no entendimos.

La mayor parte de los caciques que me acompañaban, huyeron amedrentados al ver á aquellos hombres.

Una de las embarcaciones disparó un trueno, y el rayo taladró una canoa, echando á pique á los que la tripulaban.

Lianata se desmayó en mis brazos.

Yo no sabia qué partido tomar, cuando me ví rodeado por aquellos hombres, que sujetando con las suyas mi canoa, se lanzaron sobre mí y me ataron los pies y las manos con pesadas cadenas.

Mis caciques huyeron, pereciendo en la fuga la mayor parte de ellos.

Otros fueron aprisionados como yo, y con Lianata y conmigo conducidos á bordo de una de las grandes canoas.

Desde allí nos llevaron á las costas de Haiti, y allí vimos á otros hombres como los que nos aprisionaban, que se habian apoderado de la isla, habian esclavizado á sus habitantes y los mandaban como reyes y señores.

Quibiam escuchaba con indignacion aquel relato.

—Prosigue, prosigue,—dijo ardiendo en ira.

—Los de Haiti pretendian que eran hijos del cielo y que habian venido á castigar nuestros pecados. El cacique de los extranjeros que nos aprisionó se llamaba Ojeda.

Era un hombre valiente.

Los indios contaban mil proezas de él.

Caonabo, el temible Caonabo, habia sido sujetado por su audacia y conducido á otro país con cadenas como las mias, y en una embarcacion como la que nos habia llevado á aquellas tierras.

Lianata sufría horriblemente.

Pensaba en su padre moribundo, en su esposo Quibiam, y no cesaban sus ojos de derramar ardientes lágrimas.

Nos condujeron á una ciudad que los blancos llamaban Santo Domingo; allí nos encarcelaron, y unos butios, con largos trajes, entraron en nuestra prision para hablarnos de su Dios, de su religion, y obligarnos á abandonar la nuestra.

«Prefiero la muerte, les dije, antes que abjurar de la religion de mis padres.»

Pero uno de ellos logró apoderarse del corazon de Lianata; le habló de otra vida, en la que gozaria eternamente del cariño de su padre, del amor de su esposo, le mostró una imágen, y consiguió que profesara la religion de aquellos hombres.

Más sufría yo al saber la debilidad de Lianata que al sentir las heridas que las cadenas hacian en mis pies y en mis manos.

Lianata misma vino á mi calabozo, me habló de los consuelos de la nueva religion que profesaba, me pidió que la abrazase y me aseguró que muy en breve nos pondrian en libertad para que viniéramos á nuestra patria á propagar aquella doctrina.

»—Desgraciada,—la dije,—más te valiera haber perecido en el abismo del mar. Quibiam te rechazará en cuanto sepa que has olvidado el culto que debemos al gran Hiloc.

»—Nó, nó,—dijo;—Quibiam será feliz como yo cuando vuelva á verme y despierte en su alma la fé que la religion de nuestros opresores ha despertado en la mia.»

Pasó algun tiempo, y un dia nos sacaron de la prision para conducirnos á un navío.

»—¿Dónde nos llevan?—pregunté á un indio.

»—Al país de los blancos,—nos contestó.

»—Antes la muerte que abandonar las playas de mi patria.

Lianata y yo llegamos á bordo.

Los blancos rompieron mis ligaduras.

Aprovechando la oscuridad de la noche me lancé al mar, y nadando, despues de muchos dias de luchar con la muerte, llegue al golfo de Paria.

En la orilla ví una canoa, y apoderándome de ella, surqué dia y noche los mares, sufriendo hambre y sed devoradora para llegar á comunicarte nuestro infortunio.

Lianata, catequizada por los blancos, ha partido

con ellos, alejándose acaso para siempre de nuestras playas.

Llora, Quibiam, llora y júrame exterminar á nuestros infames opresores, si alguna vez llegan con sus navios á las costas de nuestra pátria.

Quibiam cayó en un profundo abatimiento.

Nada bastaba á consolarle.

Sediento de venganza, y preparado para combatir, salió en las canoas á destruir á los caribes y resuelto á llegar á las costas de Haiti para vengar á Lianata, destruyendo tambien á los opresores de aquella isla, hácia los que sentia un odio profundo.

Vencedor de los caribes, fué arrojado por las tempestades al golfo de Paria, y para reforzar su ejército volvió á Veragoa, resuelto á salir de nuevo á realizar sus planes.

Pasó algun tiempo, y un dia le comunicaron una noticia que hizo asomar á sus labios una feroz sonrisa.

Acababan de anunciarle que los blancos, en canoas de grandes dimensiones, se acercaban á sus dominios.

El leon se volvió tigre.

—Son fuertes, son poderosos,—se dijo;—yo les haré creer en mi amistad, y cuando más confiados estén, les arrancaré las entrañas.

Por eso se mostraban los indios muy afables con Colon y los que le acompañaban, y no vacilaban en ofrecerle las ricas láminas de oro que producian las minas de aquel país.

Quibiam, desde la cumbre de Veragoa, divisaba á lo lejos las embarcaciones, acechándolas como el águila á su presa.

Pero las grandes canoas desaparecieron de sus estados, porque Colon, como recuerdan mis lectores, buscaba á toda costa el soñado estrecho.

Su inexperada marcha le desalentó.

La venganza se le escapaba de las manos.

Pero no trascurrió mucho tiempo sin que volviera á saborearla de nuevo.

Los españoles tornaron y se detuvieron en la costa de Veragoa, resueltos á conquistar aquel país y á explotar sus minas.

Quibiam los esperaba.

Pero queria inspirarles confianza para dar el golpe sobre seguro.

Tal era la actitud del rey de Veragoa cuando llegaron á sus dominios los españoles.

¡Cuán ajenos estaban de que la tempestad se cernia sobre su cabeza!

Capítulo XXXIV.

Un leon que se convierte en tigre.

Mis lectores recuerdan que al perderse las embarcaciones en que debian ir á España Bobadilla, Roldan y los rebeldes, conduciendo las grandes riquezas que el sucesor inícuo de Colon habia atesorado en Santo Domingo, algunos de los indios que se llevaban á España pudieron librarse de la muerte, llegando á nado hasta el paraje que habia buscado para abrigo de su buque el ilustre Colon.

Entre los indios habia una jóven hermosa, que llamó la atencion del almirante porque pronunció algunas palabras en castellano, y sobre todo las oraciones con que se rinde culto al Supremo Hacedor, á Jesucristo y á su Santa Madre.

Aquella jóven, de quien hasta ahora no hemos hablado, era Lianata.